

**CUADRO DEL EMPLEO DEL TIEMPO.
ESCUELA DE UN SOLO MAESTRO O UNA SOLA MAESTRA.**

SE ABRE LA ESCUELA A LAS 8½. — REVISTA DE ASEO.

Cursos	De 9 a 10.	De 10 a 11.	De 11 a 12.	De 12 a 1	De 1 a 2	De 2 a 3.	De 3 a 4.	A las 4
Superior i medio.	Instrucción religiosa.	Lectura. Descanso.	Lengua francesa.	Desayuno i recreo.	Aritmética o Sistema métrico.	Escritura. Descanso.	Historia i geografía, 5 días. Ejercicios de memoria el sábado.	Salida.
Elemental.	Id.	Id.	Lengua francesa.	Id.	Id.	Id.	Historia i geografía.	Id.
			Lectura.				Lectura.	

NOTA. Si se enseña el canto i el dibujo i no puede darse la lección el jueves de 8½ a 12½, se dará el martes i sábado en lugar de los ejercicios indicados para la última parte de la clase de la tarde.

Las labores en las escuelas de niñas, cuando no puedan enseñarse el jueves o fuera de las horas ordinarias de clase, se enseñarán el martes i sábado en la última hora de la clase de la mañana o de la tarde.

Entre otras instrucciones que suministran los planes expuestos, conviene fijarse en la lección común a dos cursos o grupos, de provechosa aplicación en nuestras escuelas respecto a las secciones en que se dividen, porque facilitan el orden i la disciplina i ahorran trabajo al maestro, con ventaja para los discípulos. No son menos interesantes las lecciones colectivas o comunes a todos los grupos o a toda la escuela, i por lo mismo merece tratarse más detenidamente de uno i otro.

APLICACIÓN DEL PLAN DE ESTUDIOS.

Después de clasificar a los niños, de señalar los estudios de cada una de las divisiones, de distribuir el tiempo i repartir el trabajo, viene la aplicación del plan, en que se muestra el talento i las disposiciones del maestro, el ascendiente que ha sabido adquirir en sus discípulos, cómo ha conquistado el afecto de todos i cómo ha hecho atractivo e interesante el estudio.

El maestro ha de tener constante i útilmente ocupados a sus discípulos, mientras que su actividad se reparte o distribuye proporcionalmente entre todas las divisiones. La palabra directa del maestro vale más que todos los ejercicios, i mientras da una lección debe cuidar de la marcha del conjunto. En una escuela de treinta o cuarenta niños todo es fácil con el auxilio de alguno de los más adelantados, no para dar una lección nueva a sus compañeros, sino para entretenerlos, haciéndoles repetir la que ya han recibido. En las escuelas numerosas todo es difícil, aun con el auxilio de los vigilantes e instructores. Un solo maestro rodeado de multitud de niños de diferentes edades, inteligencias i caracteres, pasa sin cesar de un grupo a otro; en una misma sesión explica un ramo de enseñanza en tres o cuatro aspectos diferentes, descendiendo hasta los principiantes, para elevarse en seguida hasta la altura de los más adelantados; explica una lección, i mientras tanto, tiene que pensar en la que va a dar a otro grupo, sin exceder del tiempo señalado a cada uno, porque sería en perjuicio de los demás, i todo esto sin descuidar un momento la vigilancia general, para reprimir a los unos i excitar a los otros, interrumpiendo repetidas

veces una lección de quince minutos o de media hora. Sólo así, con gran celo i una actividad infatigable, puede tenerse ocupados útilmente a los niños.

En tan difícil e ímproba tarea, el único recurso para aligerarla i hacerla posible, es la disciplina. Cuantos consejos i preceptos quedan anteriormente expuestos i cuanto falta que exponer sobre el particular, tienen aquí su aplicación. Al examinar los consejos i preceptos sobre disciplina, parece que se exigen del maestro nuevos cuidados, penosos esfuerzos, aumentando considerablemente su trabajo para facilitar el de los discípulos; pero cuando se ejerce verdadera autoridad moral; cuando se ha inspirado afición al estudio; cuando se ha hecho agradable la escuela, los niños se muestran sumisos i obedientes a la regla, i se dominan sus instintos bulliciosos i de desorden, i todo marcha con regularidad. De este modo el exceso de trabajo, por una parte, tiene cumplida compensación por otra.

I no basta dar la enseñanza en horas determinadas, es indispensable acomodarla a las aptitudes i capacidad de los discípulos, sin exigirles demasiados esfuerzos ni dispensarles de todo trabajo intelectual. Si la lección es superior a la inteligencia del niño, éste se distrae i se muestra inquieto i disgustado; si, por el contrario, no se le obliga a poner en juego su inteligencia porque se le da todo hecho, oye la lección con indiferencia i se fomenta el abandono o la pereza.

Tampoco basta señalar las horas de lección i las de estudio o de trabajo individual. Los ejercicios individuales, que consisten en la recapitulación de lo que acaba de explicarse, o en la preparación a las lecciones, o en poner en limpio los escritos corregidos por el maestro, deben también acomodarse á la capacidad de los discípulos.

Es preciso asimismo elegir con discernimiento las divisiones que pueden reunirse con provecho para una lección común. La lección de lectura, por ejemplo, i la de religión, se prestan a este procedimiento, así como la de la lengua en las secciones superiores, la de aritmética en algunas inferiores i la de escritura en todas ellas, como otras enseñanzas reducidas principalmente a ejercicios prácticos.

Recomiéndase que no se prolonguen unas lecciones en perjuicio de las otras; pero hai casos, aunque raros, en que el maestro, según su criterio, podrá establecer una excepción.

No cabe, en efecto, establecer reglas de una manera absoluta. Se establece una pauta que sirva de guía, pero dejando a las circunstancias las modificaciones necesarias en cuanto a lo accidental. La pedagogía no puede prever los variados accidentes que a cada momento ocurren en las escuelas, i por lo mismo los maestros no completan su instrucción en el particular sino con la experiencia propia i la de los profesores más acreditados, a quienes deben consultar i pedir consejo.

La pauta entre nosotros establecida es la formulada en el *Curso elemental de Pedagogía*, a que se acomodan substancialmente otras obras posteriores. Los cuadros de la distribución del tiempo i el trabajo antes publicados, dan idea para importantes modificaciones.

LECCIONES COMUNES I LECCIONES COLECTIVAS.

Desterrada de las escuelas la enseñanza individual, se reúnen los niños que se hallan próximamente al mismo nivel de conocimientos para recibir las lecciones en común. Procurando tener excitada constantemente la atención i la actividad de los mismos, lo cual se consigue hablando poco el maestro, lo más preciso, i haciendo hablar mucho a los discípulos por medio de preguntas, la lección aprovecha al conjunto i a cada uno en particular; viene a ser común e individual al propio tiempo.

Compréndese que cuanto mayor sea el número de grupos o divisiones que formen los discípulos, tanto más fácil será agrupar a los de iguales aptitudes i necesidades, i con tanta más frecuencia les llegará el turno de las preguntas, medio de sostener alerta la atención, de tal modo, que cada uno considere dirigido a él mismo lo que se dice a todos. Así se facilita i se hace interesante i agradable el estudio, a la vez que se promueve el trabajo personal, los esfuerzos individuales, por los que se adquiere el saber sólido i duradero.

Este es el ideal a que debe aspirarse en las escuelas, pero la

necesidad obliga a limitar el número de grupos o divisiones, según las fuerzas del maestro, quien, desterrado también el sistema de enseñanza mutua, debe dirigir la palabra a cada uno de los grupos por separado, en el espacio de las tres horas de cada una de las sesiones de la escuela. Con el número de grupos que prescribe el sistema simultáneo, en pasando de cuarenta los discípulos, no puede prescindirse de los instructores, i aun con este auxilio queda en pie la dificultad de disponer del tiempo necesario para una lección directa i completa a cada uno de los grupos. La manera de realizarlo envuelve un problema de pedagogía práctica, estudiado ha largo tiempo sin llegar a una solución del todo satisfactoria.

La división de la escuela en clases a cargo cada una de un profesor, en local aparte, como se verifica en los pueblos más adelantados en primera enseñanza, es un excelente pensamiento, pero no resuelve la cuestión. La escuela, que se divide hasta en diez clases sucesivas i en varias paralelas con un maestro cada una de ellas, aunque concurren mil i más discípulos, puede dirigirlos i educarlos sin dificultad alguna, porque cada clase es en realidad una escuela con cuarenta o cincuenta discípulos, casi de la misma edad i de iguales aptitudes, i por tanto, en disposición de recibir las mismas lecciones, por más que la clase se subdivida en grupos para el estudio. Con semejante organización, la escuela puede seguir la marcha de los establecimientos de segunda enseñanza i de la superior, en los cuales, alumnos de diferente instrucción siguen un mismo curso i adelantan i profundizan en el estudio, según su capacidad i aplicación.

En las escuelas de la niñez, a cargo de un solo maestro, en pasando de treinta, i a lo más de cincuenta el número de discípulos, es preciso resolver el problema por otros medios.

Como la imposibilidad de atender a cada uno por separado hizo pensar en reunir a varios en grupos o secciones para instruir simultáneamente a los de cada una de ellas, cuando la actividad del maestro no alcanza a recorrerlas todas sino a la ligera, de una manera insuficiente, se ha pensado también en reunir grupos, i en ciertos casos, la escuela toda, para recibir una misma lección. Las que se dirigen a dos o más divisiones en co-

mún, se designan con el nombre de lecciones *comunes*, i las dirigidas a la escuela toda, lecciones *colectivas*; nombres que no expresan bien la idea, pero son los admitidos, i no es ocasión de discutirlos i reemplazarlos por otros más propios.

En la enseñanza individual la lección se acomoda fácilmente a la capacidad i aptitudes del que aprende. Con los demás sistemas crecen las dificultades a medida que aumenta el número de individuos a quienes se dirige; pero este inconveniente está compensado con otras ventajas. De todos modos, no queda al maestro más recurso que las lecciones *comunes* cuando de otro modo no puede compartir el tiempo i sus cuidados entre todos los discípulos i tenerlos ocupados en todas las divisiones, condición indispensable del orden, de la disciplina, i por consiguiente, del progreso.

Por más que las lecciones comunes se dirijan a niños que se diferencian algún tanto en instrucción, aprovechan a todos cuando se acomodan a las disposiciones de los menos instruidos, sin que por eso pierdan el tiempo los más adelantados, pues que éstos últimos sacan más fruto de un trabajo demasiado fácil, que los más débiles de un trabajo difícil. Se sacrifica un tanto el interés individual en favor de la colectividad, i así el retardo de algunos, que tiene pronta compensación, es en beneficio del progreso de todos. Para unos la lección es nueva; para otros un repaso que contribuye a profundizar i fijar mejor en la memoria lo aprendido, de que los niños tienen gran necesidad, repaso que por medio de preguntas hechas con discernimiento, puede hacerse mui interesante e instructivo.

La dificultad principal está en la primera división. El niño que aprende las letras no puede recibir la misma lección con el que estudia las sílabas i menos con el que lee frases, i esto mismo puede decirse respecto al cálculo. La dificultad aumenta cuando los niños ingresan por primera vez en la escuela en cualquier época del año. Donde hai una sola época de admisión, a pesar de las diversas aptitudes entre unos i otros, se procura ponerlos al mismo nivel, i al fin se consigue hacerlos marchar juntos, sin detener a los más adelantados, que tardan

poco en ponerse a la misma altura que los de la sección inmediata superior, a la que ascienden.

Pueden, sin embargo, reunirse para la lección con el maestro, sin perjuicio de las especiales con los instructores, los que leen sílabas i los que leen frases; los que leen frases i los que leen, como se dice, de corrido, i aun de otras secciones, en los ejercicios de lectura destinados a explicar el sentido de palabras i frases.

El tablero-contador i diferentes objetos materiales pueden servir para ejecutar diferentes operaciones de cálculo verbal, al alcance de discípulos de diverso grado de instrucción.

La enseñanza moral i religiosa se presta también admirablemente a las lecciones comunes.

La escritura se considera con manifiesto error como la enseñanza que mejor se amolda al sistema simultáneo. Aunque todos los discípulos escriban a la vez, las correcciones, que son las que constituyen la lección, son individuales. Sólo cuando cada sección se presenta con sus cuadernos ante la mesa del maestro, puede decirse que la lección es común a varios discípulos; pero las correcciones más útiles i eficaces son las que se verifican en los bancos al tiempo de escribir. Con los principiantes convendría que la lección fuese en común, trazando el profesor o auxiliar las letras en el encerado, explicando la manera de trazarla en lugar de presentar modelos impresos o manuscritos, pero la corrección debería ser siempre individual.

Los ejercicios de lengua materna son los que mejor se prestan a la lección en común, i hasta cierto punto la exigen. Desde el niño que acaba de pisar por primera vez la escuela hasta el primero de la división, pueden sacar partido. Aparte del principal objeto, ofrece ocasión para sumarias nociones sobre todos los ramos del programa, aun ampliado, especialmente de historia natural. La lección debe darla exclusivamente el maestro, sin necesidad de establecer divisiones, ni de estudio preparatorio. Es una verdadera aplicación de las lecciones de cosas.

En los dos grupos superiores, las lecciones comunes son fáciles en todas o casi todas las asignaturas. Los más adelantados explican las principales reglas que estudian los otros, i resuel-

ven todas las dificultades, por cuyo medio se evita el disgusto que podían causar frecuentes repeticiones, i se promueve la emulación.

Bien ordenadas las lecciones comunes contribuyen grandemente a la disciplina, i ahorran no pocos cuidados i fatigas al maestro.

Las lecciones *colectivas*, adoptadas de antiguo en Alemania, se han generalizado en Inglaterra i en otros países, en interés de la cultura intelectual i moral. Con estas lecciones, en efecto, no sólo se evita la ociosidad, sino que la palabra se dirige más que en ninguna otra, al espíritu i al corazón de los discípulos, i contribuye a formar el sentido moral i el desarrollo de la inteligencia, excitando los buenos sentimientos, exponiendo las verdades morales, dando idea exacta del bien i del mal, de lo justo i de lo injusto, inspirando inclinación a lo uno i aversión a lo otro, al propio tiempo que se enseña a comprender las cosas, a formar ideas exactas i a enunciarlas de palabra. I todo esto sin perjuicio de las advertencias i consejos individuales a que dieren motivo.

Desgraciadamente estas lecciones no son aplicables en las escuelas de numerosa concurrencia. En pasando de cincuenta o de sesenta el número de alumnos, es difícil sostener la atención de todos. Cuando no excedan de expresado número, el maestro entendido sabrá excitar i sostener entre ellos aquella influencia mutua que suele designarse con la denominación de *simpatía del número*, que, bien dirigida, produce los más satisfactorios resultados. La propensión a pensar i obrar como los demás, es natural consecuencia del impulso a la imitación, desarrollado poderosamente en el niño, que se fomenta en las reuniones con otros individuos en términos que el conjunto llega a arrastrar en determinada dirección a los que por sí mismos jamás se hubieran movido. Todo consiste en que la influencia dominante se encamine hacia el bien. Para esto basta dirigirse con preferencia a los discípulos más dispuestos a comprender lo que se dice o se propone, procurar obtener el asentimiento unánime de la clase, lo cual no es difícil, porque el maestro, a causa de la excitación que en él produce el número, se expresa con

más calor que en las secciones, i su palabra produce mayor efecto en los oyentes. Así se forma la atmósfera moral de la escuela.

Estas lecciones tienen por principal objeto la educación, no la enseñanza metódica de asignaturas determinadas, en que por el encadenamiento i sucesión de principios no pueden apreciarse los unos sin el conocimiento de los que les preceden, si bien contribuyen a la adquisición de nociones generales. Excusado es decir que deben ponerse al alcance de toda la escuela, lo mismo de los niños de 6 i 7 años, que de los mayores. La moral i la religión, los conocimientos de aplicaciones diarias, los objetos sensibles, ofrecen variedad de temas para estas lecciones, independientes unas de otras.

Las verdades del orden moral i religioso son de tal sencillez en lo que tienen de esencial i práctico, que con alguna instrucción se deducen de ellas consecuencias i se hacen aplicaciones, i bastan los primeros destellos del sentido moral para comprenderlas.

Las narraciones de historia sagrada, como las históricas i morales, que por el atractivo que tienen para los niños las escuchan éstos con atención, se adaptan con facilidad a todas las inteligencias, distinguiendo lo que debe exigirse a los más débiles i a los más adelantados. Por medio de preguntas a los unos i a los otros, según las dificultades, se precisan los hechos, se fijan determinados detalles i se hace comprender el sentido i el alcance de la narración.

De los demás asuntos se eligen aquellos en que la mayoría de los discípulos posea los conocimientos previos indispensables, o que puedan adquirirse con ligeras indicaciones durante la lección.

En algunas escuelas extranjeras las lecciones colectivas son diarias. Para introducirlas en nuestras escuelas pudieran ensayarse una o dos veces a la semana.

EDUCACIÓN.

La educación en una u otra forma i con diversas tendencias, es obra de todos los tiempos. Aristóteles decía: «Cuanto más se

cultiva la inteligencia del hombre, tanto más necesita éste de la educación moral, de la virtud, ya para resistir a todo género de seducciones, ya porque la cultura superior de la inteligencia suministra armas que pueden emplearse en el mal.» Comenio se lamentaba de que el bálsamo de la vida se aprovechase sólo como bálsamo de la inteligencia.

Desde Pestalozzi i el P. Girard que organizaron sus escuelas como institutos de educación, aunque por distinto procedimiento, todos los escritores, todos los pedagogos, todos los maestros, hasta los de la última aldea, todos están conformes i encarecen con sobrada razón esta necesidad.

Los tratados de pedagogía explican en qué consiste i cómo se pone en práctica la educación en sus distintos aspectos, es decir, la educación física, intelectual, moral i religiosa, bien comprendiendo en la moral la del sentimiento i la voluntad, bien en capítulos aparte. Aunque el maestro no se tomase el trabajo de estudiar tan importante asunto, de hecho educa, sin darse cuenta, porque todo lo que pasa en la escuela influye en bien o en mal, en provecho o en perjuicio en la personalidad del niño.

En la escuela, hasta la parte material tiene especial importancia desde el punto de vista de la educación. El edificio influye constantemente en la salud, en el desarrollo físico i aun en la moralidad del discípulo. Influye asimismo en la educación estética, por lo que ya no sólo se exigen en tales edificios condiciones higiénicas i técnicas, sino también el arte i la belleza, sin que para ello se requieran construcciones costosas, pues en las más humildes cabe la belleza por la artística combinación de las líneas. La buena disposición de la sala de clase, la distribución de los objetos que contiene, los libros, los cuadernos, todo contribuye a despertar el sentimiento estético, poco desenvuelto en la niñez.

La disciplina escolar es uno de los más eficaces medios de educación. No sólo regula las actitudes i movimientos i cuanto se relaciona con la salud de los niños, sino que establece benévolas relaciones entre los discípulos; contribuye a que éstos adquieran hábitos de orden, de respeto a la autoridad, de sumisión a la ley i de trabajo, condiciones esenciales en la vida, i facilita

la acción de los demás elementos educativos conducentes al desarrollo metódico de todas las facultades.

Excusado es repetir i demostrar que la educación tiene por objeto el desarrollo armónico de todas las facultades con que Dios ha dotado a la criatura racional. Sabido es que el exclusivo desarrollo de las fuerzas físicas forma un atleta i acaso un bárbaro; que si descuidando el cuerpo i el entendimiento se atiende sólo a las facultades morales, se corre el riesgo de exaltar el sentimiento i la voluntad, de que proceden toda clase de fanatismos; que la exclusiva cultura de la inteligencia forma hombres de entendimiento frío, glacial, sin entrañas, que en un momento dado pueden ser capaces de grandes maldades. La educación, por tanto, debe ser armónica, si bien importa fijarse principalmente en lo que se refiere a las facultades del espíritu.

La inteligencia, el sentimiento i la voluntad, estas superiores facultades del sér humano, se hallan íntimamente enlazadas entre sí, forman un todo, al que fortalece i corona la religión, que responde a esa tendencia nata e irresistible en el hombre hacia lo infinito. Puede descomponerse el todo para mejor apreciarlo por el análisis, no para quebrantar la armonía entre las tres facultades i su coronamiento, porque sólo en daño de las demás puede prevalecer una de ellas, rompiendo la armonía del conjunto.

La enseñanza bien dirigida no sólo ilustra i desenvuelve las facultades, sino que obra moralmente, porque a la vez que suministra conocimientos, previene contra las malas tendencias i las malas obras. Una buena i sana instrucción domina los afectos i pasiones desordenadas i prevalece lo mismo sobre el fanatismo que sobre la incredulidad. La enseñanza educadora es la que constituye el carácter pedagógico de la escuela.

El maestro excita las facultades del discípulo auxiliándole a desenvolverlas, pero dejándole que ejercite las propias fuerzas, que trabaje, que descubra por sí mismo la verdad, tanto del orden intelectual como del moral. Cuando se sabe excitar i dirigir la actividad del niño, éste con todas las enseñanzas del programa, ejercita la atención, el juicio, el raciocinio, el sentido co-

mún, el sentido moral, i se educa, a la vez que se instruye. La aritmética, la historia, la geografía, todo se presta a la cultura simultánea de las facultades, i en especial la lectura i la lengua materna.

La cultura del sentimiento marcha a la par con la de la inteligencia i de la voluntad, pues como ya se ha dicho, las potencias del alma, íntimamente unidas entre sí, forman un todo, una unidad; así que al ejercitar las unas no pueden permanecer enteramente pasivas las otras.

La niñez es poco accesible al sentimiento estético. No impresionan al niño en los primeros años un objeto artístico a no ser que llame su atención un punto brillante, acaso el más opuesto a la belleza; ni andando el tiempo, mientras prevalece la ligereza i movilidad de su espíritu, le produce más efecto. El niño desfigura i destruye un objeto artístico sin preocuparse del mérito que tenga, porque no lo aprecia, i por la misma razón tampoco se fija en los encantos de la Naturaleza. Para sacarle de su indiferencia, sin hacerse ilusiones de obtener notables resultados, se procura hacerle notar la proporción i armonía de las líneas i colores de los objetos que se presentan a la vista.

Este sentimiento va estrechamente unido al de lo verdadero i de lo bueno, o al sentimiento de la belleza intelectual i moral. Por eso los nobles sentimientos i las ideas que levantan el espíritu hacia Dios, inspirados en el regazo materno, son más poderosos que las barrosas construcciones de los jardines de la infancia para despertar i desenvolver el buen gusto o el sentido estético. Continuar la obra comenzada por la madre es el deber del maestro, aprovechando al efecto todos los elementos que encuentre en su camino.

Conforme a estas ideas, hai que distinguir dos medios de influencia en la cultura del sentimiento, materiales unos e intelectuales i morales otros, los mismos que señala el pedagogo alemán Meyer en su *Pedagogía estética*. Comiénzase la cultura por las impresiones de los sentidos, en particular por el de la vista, para lo que en vano se buscarán modelos en nuestras escuelas. Edificios destartalados, bancos i mesas construidos groseramente, pizarras rotas, carteles deteriorados por el uso i otros obje-

tos en iguales condiciones, son más a propósito para degradar el gusto que para inspirarlo. Falta el recurso del canto i del dibujo, i aun el que ofrece la caligrafía apenas puede utilizarse por la necesidad de llegar pronto a la escritura corriente, a fin de que al abandonar los discípulos la escuela sepan al menos escribir con alguna soltura i corrección. En estas circunstancias, si el maestro no dispone de los medios que fueran de desear conducentes al objeto, puede hacer mucho con una buena disciplina. El orden, la regularidad, el aseo en el local, en los muebles, en los libros, en los cuadernos, en otros objetos i en el porte de los discípulos, los movimientos acompasados de éstos, la medida en los ejercicios, los cánticos, todo junto contribuye a hacer agradable la escuela i a inspirar el buen gusto. Si el maestro lo siente, sabrá hacer más agradable aun el aspecto general, cuidando de que en medio de la sencillez se advierta la proporción i armonía en cuanto se ofrezca a la vista, i sabrá también hacer notar el mérito de los edificios i objetos artísticos de que, ya que no pueda contemplarse la realidad, se ofrezca una imagen o representación de convenientes dimensiones para apreciarla bien.

Los medios intelectuales i morales se hallan más al alcance del profesor. La lectura de trozos escogidos de nuestros mejores hablistas, las lecturas i narraciones morales acomodadas a las diversas edades o al desarrollo intelectual de los oyentes, pasajes históricos que relatan elevadas acciones i sacrificios, las bellísimas i encantadoras narraciones de historia sagrada, el estudio de la religión, las prácticas de piedad, los sorprendentes descubrimientos de nuestros días, constituyen un rico arsenal de medios intelectuales i morales para la cultura estética. A todas horas se ofrecen al maestro estos medios; lo que importa es no dejar pasar la oportunidad de emplearlos con discernimiento.

La voluntad, que viene a ser como la expresión de las demás potencias del alma, merece más atención de la que se le dispensa. Le sirven de guía la inteligencia i el sentimiento, i tiene por principales móviles el afecto, el deber i el interés. El deseo es el excitante, el aguijón. Ilustrar la inteligencia, purificar el sentimiento, combatir el interés en cuanto no sea racional i justo, i

cuidar con solicitud de inclinar el afecto i el deseo hacia el bien, es el fin que debe proponerse el maestro, pues así como una voluntad enérgica es capaz de los hechos más heroicos i gloriosos, dominada por las pasiones puede ser causa de los mayores crímenes.

Como todas las facultades, la voluntad se desarrolla con el ejercicio, a que la niñez se halla dispuesta siempre por la irresistible tendencia que le impulsa a la acción en todos sentidos. Lejos de impedir al niño que decida i obre por sí mismo, debe excitársele a que así lo haga, auxiliándole como se auxilia al que principia a escribir, hasta llevarle la mano. Se le ilustra, se le dirige, pero sin privarle de su iniciativa, ni excusarle de todo esfuerzo, porque nada hai más opuesto al desarrollo de la facultad de querer como la indolencia.

Dos grandes errores suelen cometerse en este punto, contra los cuales debe estar prevenido el maestro. Consiste el uno en la demasiada condescendencia, defecto común en las madres, que por no disgustar a sus hijos les dejan hacer cuanto quieren, de lo que resulta que va debilitándose insensiblemente la fuerza de querer lo que se debe querer. Estas contemplaciones, la demasiada condescendencia, tanto de las madres como de los maestros, traen por resultado que sus educandos no tengan en el resto de la vida otra regla que su capricho. El vicio opuesto es mui común en las escuelas. Es preciso contener i reprimir a todas horas a los niños, de por sí traviosos i a veces malignos. Así lo requieren el orden i el interés de la enseñanza i de la educación; pero reprimir en este sentido no es destruir, sino modificar, dar mejor dirección a los actos que lo reclaman. De otro modo se debilita, se anonada la voluntad, i al entrar los jóvenes en la vida, son incapaces de dominarse a sí mismos i de tomar una resolución en ocasiones difíciles. El niño quisiera proceder bien imitando a los mejores condiscípulos, i obra mal por la ligereza o distracción propias de la edad o por las dificultades con que tropieza. El maestro le reprende, lo cual es fácil; pero esto no basta, es menester decidirle, lo cual ofrece más trabajo, a que quiera de veras i ejecute lo que es bueno. Sin ocultar las dificultades, pero ayudando a vencerlas,